

LA PUERTA DEL INFIERNO

por
CHOPODORADO

"La Puerta del Infierno" ¿qué significará ese nombre?

Esa era la pregunta que me hacía cada vez que pasaba por los túneles en esos largos y ansiados viajes al pueblo de mi niñez.

Entonces ir al pueblo no era tan sencillo como ahora que coges el coche y ¡hala!, vámonos para allá. Antes los inviernos eran largos, las carreteras malas, los coches viejos, en fin, que íbamos al pueblo solo las vacaciones de verano, de Navidad y los puentes que hubiera durante el año.

En mi caso en concreto esperaba expectante el momento en el que mi padre apareciera por casa después de trabajar y nos dijera que preparáramos las maletas que al día siguiente nos íbamos a pasar el verano con los abuelos. Nada de playa, no había dinero, pero tampoco la echaba de menos, prefería el río, los pinos, mis primos, los amigos y la libertad que daba estar en un sitio donde el mayor peligro era tropezarte por la calle, aunque oficialmente no empezabas las vacaciones hasta que no llevabas las rodillas con mercurina, o caerte en el pilón de la fuente, o que te picara una abeja, y poco más...

En fin, cuando te montabas en el coche sin airbag, con el resto de los hermanos, sin sillitas, te hacías a la idea que tras los mareos, las paradas para hacer pis de los pequeños que se pasaban el viaje diciéndole a papá que querían pis, las caravanas y los descansos obligatorios del Simca, Seiscientos, 850, y demás coches que se calentaban cada dos por tres, al final esperaba Fuertescusa, el paraíso, al menos durante un mes o dos de verano...

Pasabas Cañamares, el puente de casa, y llegabas a los túneles.

Y como si fuera la primera vez, me preguntaba: "La Puerta del Infierno" ¿qué significará ese nombre? No he visto gente mala y los mayores dicen que al infierno solo van los malos, ni es feo, al revés, es muy bonito, no sé...

La Piedra del Castillo y por fin, el pueblo, la casa de los abuelos, la comida hecha en la lumbre, los colchones de lana, las cuestras, las calles de piedras y tierra roja, los abuelos que te recibían llorando de alegría, ayudar a descargar el coche, ¡y a correr!

Los días de verano eran únicos en sí mismos. Me acuerdo de levantarme pronto y desayunar leche condensada y cola cao, con torto o galletas caseras o un trozo de pan del día anterior tostado en la lumbre, coger la bolsa de pan y salir a la plaza a esperarlo con un tropel de niños de todas las edades armados de paciencia y una baraja de cartas o un balón y pasar el rato hasta que apareciera pitando el pan, rato que la mayor parte de las veces eran horas, tantas que cuando por fin cuando llegaba teníamos tanto hambre que una de las barras encargadas siempre llegaba a medias, pero yo creo que los mayores ya contaban con ello.

Recuerdo que comíamos todos juntos en la misma sartén muchas cosas, las judías, las gachas, y todas, comunes y no comunes, eran cocinadas en la chimenea, en la lumbre, que le daba otro sabor a cualquier guiso, los huevos fritos, las patatas a pelotón...

No había siesta, había río, pronto, porque íbamos andando, unas veces a la Risca, otras a las Tejedas y las más osadas al Pozo de los Barbos. Entonces llevábamos la toalla y poco más, si acaso pan y chocolate para merendar, no había piraguas, ni gafas de agua, ni balsas hinchables ni

nada por el estilo, éramos nosotros y el río, aguadillas, tropezones, quemaduras por el sol... Luego la vuelta, más despacio, incluso hacíamos autoestop y montábamos con quien parara porque no había peligro y, apretujados muchas veces para caber todos, llegábamos a casa para cambiarnos de ropa y salir otra vez hasta que el reloj diera las 9 y nos tuviéramos que ir a cenar.

Las fiestas llegaban avisando que estábamos a mitad de las vacaciones y todos suplicábamos para que nos dejaran salir un ratito por la noche aunque siempre con la condición de que los hermanos mayores estuvieran pendientes de nosotros y nos acompañaran a casa a la hora que nos dijeran. Y tras muchos pasodobles después volvían los días de río y de juegos y de las tormentas aterradoras de rayos, truenos y agua típicas del mes de agosto

Los días pasaban poco a poco y las vacaciones llegaban a su fin. Todos temíamos el momento en el que papá dijera que teníamos que ir preparando el equipaje para volver porque pronto empezaba el cole y había que comprar los libros y ropa.

Y el día llegaba. Abuelos llorando de nuevo. Achuchones. Niños llorando porque no quieren irse... De nuevo en el coche pasando por la Piedra del Castillo hasta la "La Puerta del Infierno"... ¿qué significará ese nombre? Con los años dejé de hacerme esta pregunta cada vez que iba al pueblo.

Las carreteras mejoraban, los coches cada vez eran mejores y los viajes a Fuertescusa eran más habituales.

Un fin de semana especialmente esperado por lo duros que habían resultado los días previos, noté como inconscientemente mi expresión iba cambiando hacia una sonrisa a medida que me iba acercando al pueblo. El otoño había hecho su aparición. Los chopos lucían un amarillo dorado en sus hojas y la temperatura empezaba a bajar quedándose en la ideal para caminar por el monte y disfrutar del olor y el sonido. El domingo llegó la vuelta y al llegar con el coche a los túneles de repente entendí por qué se llamaba la Puerta Del Infierno... Tras estar unos días en el pueblo, oliendo los pinos, viendo como llueve mientras tomas una cerveza, escuchando el pan cuando entra pitando en el pueblo, descubrí que el infierno comienza cuando te vas, y los túneles son su puerta, tanto para entrar como para salir. Atravesar los túneles hacia Cañamares es volver al infierno del día al día, la contaminación, el trabajo rutinario, el gentío, los coches, el gris de la ciudad.

Ahora deseo entrar en el paraíso lo más a menudo posible, disfrutar del río y los baños, de los pinos, de los pájaros, de la lluvia, de los pasodobles, del pitido del pan y prepararme un bocata de pan con chocolate mientras recuerdo los días de mi niñez cuando aún me preguntaba por qué un sitio tan bonito tenía un nombre tan aterrador...